

tendió el brazo, hizo un signo con él imponiendo silencio, y obtuvo este silencio. Y bien preciso era; porque, poco antes de su imposición moral, hablaban de asaltar la torre y hacer con la Reina de Francia lo mismo que habían hecho con la princesa de Lamballe. Pocos discursos habránse pronunciado con la feliz mezola de fuerza y de habilidad que acertó á poner en el suyo Daujon para disuadir á los comuneros de asaltar el Temple. Si mostraba demasiada fuerza, podía enfurecerlos hasta la extremidad horrible de cometer el atentado por furor; y si lo veían débil, podían burlarse de su persona; y aprovechándose de su debilidad, cometer entre burlas el mismo atentado que hubieran podido perpetrar entre furores.

Daujon sabía bien que, ante amargos trances de tal peligro, se consigue un triunfo con sólo conseguir un aplazamiento. Así, no se le ocurrió negar la justicia de lo que aquellos revolucionarios demandaban; pero sí la oportunidad de su cumplimiento. Al Monarca y á la familia real no los defendió porque, defendiéndolos en aquel momento, los hubiera con tanta torpeza degollado; antes bien, exageró sus crímenes con exageraciones propias de la demagogia y ennegreció sus caracteres con subido negro sacado á las arengas jacobinas; mas, para decir que, por lo mismo, por su maldad, se necesitaba someterlos á un juicio solemne y castigarlos con una inapelable justiciera sentencia. La fuerza concluye por matar la justicia, decía el orador á los tumultuados. Y un tumulto, continuaba, quitaría derecho á los que tan cargados estaban de razón. Y un patíbulo, alzado por la popular justicia, no podía llamarse tablado de asesinos, como se llamaría por todos los siglos asesinato á un acto de justicia cometido entre tumultos. Y no debían desasirse de aquellos rehenes, prendas hipotecadas á la salvación popular. Al oír esta palabra rehenes, la sospecha de una regia fuga salta, y los clamores pidiendo cerciorarse de la existencia de aquellos rehenes suben á las alturas en espantosos fragores. Hay, pues, que acercarlos un poco más á la torre para que vean cómo está organizada la vigilancia, y cómo evita esta sabia vigilancia la evasión, imposible así de todo punto. Acercáronse á la torre, y aquí empieza el buen Daujon á padecer y á recelar que todo el edificio de sus habilidades y todo el castillo de retórica levantado con grandísima dificultad, va en aquel momento á desplomarse. Con efecto, los demagogos recién llegados y los albañiles adscritos á las obras en construcción y arreglo fraternizan. Y estos abrazos, que debieran comunicarles efusiones entre ellos, únicamente les comunican odios al enemigo común, odio á los Reyes. Los más tímidos piden que los Reyes se asomen á las ventanas; los más audaces amenazan todos con subir ellos hasta los Reyes. Unos quieren que Antonieta bese la cara de su amiga y otros que sepa Luis XVI cómo sabe hacer el pueblo en los primeros magnates y en sus mujeres verdadera justicia. Ya golpeaban las puertas, al empuje de tales intentos, cuando el buen Daujon se interpone valeroso en su camino, y les dice que, si han de dar un paso más lo darán sobre su cadáver. Uno de los comuneros, al verlo tan resuelto, le llamó amigo de los tiranos, y le amenazó con el puño, haciendo además de

cogerlo por los cabellos y degollarlo. Daujon se mantuvo impávido, y á cuantos insultos le dirigieron respondió que cualquier otro magistrado del pueblo hiciera en su caso lo mismo que hacía él. Gritarían cuanto quisieran, mas no adelantaron una pulgada con sus remolinos, y no cometieron el crimen premeditado, que consistía en subir al castillo é inmolarse á los Reyes. Mas, convencidos de la imposibilidad del atentado aquel, desatáronse deslenguado en toda clase de improperios. Términos de una obscenidad asquerosa; blasfemias lanzadas al cielo y á la tierra; imprecaciones, como si conjuraran en su auxilio las iras de Satanás; vómitos de calumnias é injurias con todos los dicharachos que puede contener así el francés, como los calós franceses, subsiguieron á la retirada, en que los demagogos se parecieron á esas fieras enjauladas que quisieran morder á sus domesticadores ó guardianes, y se acercaran á ellos; mas, viendo la imposibilidad de saciar su apetito, y de tragarse la carne olfateada, muerden los hierros de su jaula. Daujon entendió entonces no quedarle á él otro remedio que dirigirles á ellos otro discurso. Mas ¿cómo pensarlo y urdirlo? ¿Cómo proponerse ir al corazón de personas que no tienen corazón? El tumulto crecía, y atronaba los oídos: así, no pudiendo imperar Daujon por la frase, impió por el gesto. A toda muchedumbre gusta mucho escuchar la elocuencia. Y no podía exentarse aquella muchedumbre de semejante propensión. Por tanto, cuando le vieron en actitud de hablar, callaron. Y Daujon alabó el coraje de aquellas gentes; los puso, con propósito firme de seducirlos, sobre los cuernos de la luna; llamólos héroes; y al ver que gesto, voz, frases, elogios los atraían y amansaban, creyéndolos en un acceso de bondad, procurado por su domesticación, empezó á reconvenirlos con reconveniones acres, bien próximas del insulto. Y todo el raciocinio fundamental de su arenga descansó entonces sobre la siguiente base: que los restos llevados en procesión por sus chuzos, no les pertenecían en propiedad exclusiva, pertenecían á toda Francia. Y como pertenecían á toda Francia, estaban en el caso de mostrárselos á la nación; y para mostrárselos á la nación, debían mostrárselos á París; mas, no en aquellos barrios del Temple, no en barrios de trabajadores y pobres, en barrios ricos, en el Palacio Real, en la plaza Vendôme y en los alrededores de las Tullerías; porque importaba notificar á todos que donde los aristócratas perpetraban sus crímenes, allí recibían el justo y necesario castigo.

Mientras esto pasaba en los alrededores de la torre por aquella siniestra tarde del tres de Septiembre, la familia real, prisionera dentro, acababa de comer con la constante y habitual regularidad establecida en sus disciplinadas costumbres. Comían los Reyes y príncipes solos, no estando ya Hue, mayordomo predilecto de Luis XVI, y habiendo Clery, puesto al servicio del pobre delfín, comido abajo con el comunero matrimonio Tison. En esta comida, cual en todos los actos de su existencia, la mujer Tison mostraba su índole buena, doliéndose de que hubiera cada día un tumulto, y de que llegase acompañado este tumulto diario con impías blasfemias escupidas al cielo y soeces insultos vomitados sobre

los Monarcas. Y, en estas lamentaciones, lanza un grito la cuñada, como si le hubieran asestado tremendo golpe, y se cubre con ambas manos los ojos, como si hubiera visto al demonio en persona. Con efecto, había visto el horror de los horrores: la cercenada cabeza de madame Lamballe, rizadísima como en día de fiesta, y colocada sobre su correspondiente pica, la cual habíala fijado en la ventana del cuarto donde los Tisones y Clery comían. Ignorantes aquellos demagogos de quiénes eran los sentados tras las rejas, tomaron el grito de la guardiana por un grito de la Reina, y riéronlo, (como si no expresara el más acerbo dolor), incapacitados de toda compasión, quienes parecían destinados á hacer sufrir y desconsolarse á todo el mundo. Como impulsado por un resorte, Clery huyó al espectáculo de la cabeza cortada, y subiendo los escalones de dos en dos, entró despavorido en la estancia donde los Reyes comían. Mostraba tan desencajado el semblante y tan extraviados los ojos y tan trémulo el cuerpo, que la Reina le preguntó por qué subiera demudado de aquella suerte, y se dejara la comida tan pronto y tan de súbito. Clery, no sabiendo qué decir para ocultar á la Reina lo visto, adujo, al explicar su interrupción de la comida y su entrada en el cuarto de aquel modo, una indisposición. A pesar de que dos milicianos hacían su correspondiente servicio, como centinelas, en la puerta del comedor, entró un tercero, echando sapos y culebras contra la familia real por su avinada y ahumadísima boca. El Rey le oyó con aquella consuetudinaria paciencia, en él congénita; pero, el niño, asustado, se marchó á otro cuarto, corriendo y llorando, hasta que su madre y su tía lo cogieron y lo llevaron al terrible sitio donde todos estaban reunidos. Tras el miliciano insultante y blasfemo llegó en seguida otro, más circunspecto, pero también más siniestro y misterioso, que hablaba con sus compañeros al oído, y debía decirles cosas muy graves, cuando interrumpían éstos su habitual rigidez con gestos violentísimos y subidas exclamaciones. Lo cierto es, que todo cuanto pasaba revestía caracteres muy extraños, al punto de verse obligado á preguntar el Rey, en presencia y consideración de aquellas circunstancias, si estaban ó no su persona y su familia bajo una verdadera seguridad. El recién llegado expúsole con franqueza y lealtad todo cuanto sucedía; dijole cómo el pueblo, imaginando nueva fuga y desaparición de sus Monarcas, demandaba furioso y á desaforados gritos apareciesen los Reyes á la ventana; pero que los encargados de su real custodia no lo permitiría, persuadidos como estaban del deber en los pueblos de mostrar á sus delegados y representantes mucha mayor confianza. Pero, como gente así, del temple mostrado por este señor, no había mucha, otro de aquellos atormentadores habló ante los Reyes como pudiese hablar ante los jacobinos, y aseguró que, si la irrupción extranjera crecía y los bárbaros irruptores á París llegaban, degollaría el gobierno comunero á toda la familia real, sintiéndolo únicamente por el desgraciado delfín, aunque, ni siquiera debía sentirlo un buen patriota por el delfín, cachorro de un tirano. En esto, fragorosos clamores de fuera entraban dentro. Y entraban en tropel, como los

decía en su ingenuidad aquella feroz plebe, con tal distinción, que las calumnias corrían por el aire y llegaban hasta el oído en toda su desnudez. Y, entre aquellos estruendos, fué una comisión de los vociferadores, tumultuados fuera, con encargo de cerciorarse por sí misma, si los Reyes aún estaban allí ó habían tomado las de Varennes, como aquí decimos, las de Villadiego. Uno, entre los del grupo, insistió con imperio, sonando en el suelo un sable descomunal, por que los Reyes se asomasen á la ventana. Pero los demás comuneros se negaron, armándose una tremenda disputa, como las innumerables que solían armar en los clubs. Mas, el comunero emperrado en que los Reyes saliesen á la ventana todos, viendo la oposición por sus compañeros á este inútil acto de barbarie, tomó su desquite, y dijo, encarándose con la Reina de un modo soez, cómo impedían el asomo á los Reyes por la ventana, que demandaba él, sus compañeros, deseosos de que no viesen el cuerpo y cabeza de madame Lamballe, trucidados en fragmentos para decir al mundo la manera de castigar el pueblo á sus tiranos. Al oír tal horrible nueva no se desmayó Antonieta, como dicen la mayor parte de los historiadores; se quedó rígida y fría como una estatua. No perdió el sentido; pero perdió el movimiento. Después de tal ataxia momentánea en sus músculos, rompió á llorar; y este lloro, en que todos la siguieron y acompañaron, volvió al dolor, ya subido hasta temperaturas increíbles, su correspondiente normalidad. ¡Terrible caso! Pero ¡cuántas locuras habían hecho y cuántos errores habían cometido aquellas dos mujeres! ¿Por qué se opusieron á las reformas de Turgot, cuando solamente las reformas de Turgot podían salvar el trono y conjurar la revolución? ¿Por qué imaginaron el despilfarro consustancial á la Monarquía y dieron á Calonne aquella carta blanca para dispendios, los cuales provocaran la reunión de los Estados Generales convertidos en Asamblea Constituyente? ¿Por qué arrojaron en la sima de Trianón y en la compra de Saint-Cloud tantos tesoros? Ellas no quisieron jamás de buena fe la Constitución; ellas indisponían Monarca y pueblo á diario entre sí; ellas armaron los escándalos del collar; ellas sugirieron á los monárquicos el retraimiento; ellas cambiaron el alcalde de París, Bailly, que las hubiera defendido siempre, por el alcalde de París, Pétion, que debía descabezarlas; ellas creyeron indispensable una batalla como la del diez de Agosto para redimir la corona; ellas idearon aquella conjura monárquica universal contra la libertad y la Francia, pagando de un horrible modo, por decretos inexcrutables de la Providencia, en un día todo cuanto las infelices hicieran desatentadas en muchísimos años.

Los demagogos, persuadidos de las palabras de Daujon á irse, fuéronse, no sin que antes algunas joyas de valor y algunas monedas de oro, encontradas entre los pliegues de las vestiduras que ceñían á madame Lamballe, fueran depositadas en manos de los comisarios y de los vigilantes del Temple. Muchos trozos de la infeliz quedaron esparcidos en aquellas vías dolorosas, donde hallaron horribles profanaciones. Hay quien dice que vio-

laron el cadáver; hay quien dice que se comieron el corazón. Los exterminadores de Setiembre parécenme capaces hasta del más inverosímil crimen que atribuirles pudiera la más infernal fantasía, en una invención de atrocidades dantescas. Pero necesita el historiador apereibirse un tanto contra las exageraciones. Vuelven nuestras cabezas los efluvios de las pestes sociales, como vuelven nuestros estómagos las moléculas ó los microbios de las pestes físicas. Y cuando muchos fanfarrones del crimen se ufanan y envanecen de atrocidades absurdas, hay quien idea una brutalidad increíble para sí en la subasta de brutalidades con que muchos desvarían. Hubo persona que se atribuyó participación activa en las matanzas, cuando no podía oír un quejido de dolor, ni ver una gota de sangre; con tales crímenes calumniándose, únicamente por parecer tan bárbaro como los demás bárbaros al uso y á la moda. Su inocencia solamente se reveló después de la muerte. Los instintos de imitación hacen retroceder al hombre hasta el mono y con el mono lo confunden. Llegaron los sicarios en aquella marcha infernal hasta la calle de Richelieu, que une la trasera del Palacio Real con los bulevares. En efecto; calle de Richelieu radicaban las caballerizas de los Penthievres; pero no llegaron hasta el palacio solariego de la familia, donde hubieran desgarrado el corazón de los fieles servidores mostrándoles convertido en despojos de carnicería el cuerpo de aquella señora excelsa. Desde la Fuerza fueron al Temple; desde el Temple á la calle Richelieu; desde la calle Richelieu al Palacio Real; desde el Palacio Real á las Tullerías; y desde las Tullerías volvieron en procesión al sitio de donde habían salido; y, cerca de allí, en una obra, depusieron y abandonaron el nauseabundísimo cadáver, hasta que la familia pudo recogerlo aquella noche y conducirlo al castillo de Dreux, donde tenían los Penthievres sus antiguos é históricos panteones. En París sus trucidadores únicamente depositaron dentro del cementerio la cabeza, que pudo el duque hallar y extraer de allí, encerrándola en una caja de plomo, y reuniéndola con el cuerpo despedazado. Estaba en una gran comida el duque de Orleans mientras corría por las adyacencias de su palacio el tumulto conduciendo la mutilada muerta, pariente suya, por mujer de un primo cercano. El ruido provocó la curiosidad y la curiosidad hizo que salieran el duque y sus comensales al balcón. Cuentan las historias del tiempo que no mostrara la menor emoción, atribuyendo esta indiferencia increíble, primero á que la princesa fué amiga de su enemiga, la Reina; segundo, á que tenía un grande cargo sobre los bienes de su casa, y ésta se extinguía y extirpaba con su muerte. Pero, si el duque se mostró indiferente, su querida, compañera de banquete aquella tarde, mostró un terror espantoso, y dijo todo cuanto á la vista estaba; y es, á saber, que bien pronto pasarían los allí reunidos por igual trance, y serian igualmente despedazados. Nunca se pudo aplicar con mayor fundamento el refrán español que dice «á cada cerdo le llega su San Martín», como en presencia de aquellos comensales del duque, cerdos de Epicuro por su sensualismo y por su sensualidad. A las ocho de aquella noche terrible todo se había calmado, y

París había vuelto á un silencio de muerte, como si no respirase ni viviese bajo la pesadumbre del terror. Clery pidió noticias á uno de los vigilantes sobre los sucesos del día, y se las dió completas, no sin haber antes reclamado del servidor de Luis XVI cuarenta y cinco sueldos, empleados en la compra del cordón tricolor que á Luis XVI preservara de los asaltos y de las irrupciones del pueblo. El mayordomo supo informar al Rey de todo lo sucedido, y como éste le preguntase quién mostrara mayor empeño en salvarle, dijole que Daujon solo con sus disposiciones tan acertadas y con sus arengas tan oportunas. Cuatro meses después, hallándose de servicio el comunero, Luis XVI le dió las gracias. Tal fué la pasión y muerte de madame Lamballe.

Por este incidente horrible del martirio de la Princesa puede conocerse cómo sería tan espantosa matanza. Marat, aquel asesino desde las entrañas de su madre, entrado en el mundo con los instintos carniceros del tigre y de la hiena, tras un lustro de predicación homicida, realizó la soñada carnicería con el gozo feroz de un lobo hambriento, que topa en sus husmeos de carne y sangre con grueso y numeroso rebaño. Ninguno de los que podían impedir el crimen, lo impidió; ninguno, ni Vergniaud con su elocuencia, ni Robespierre con su influjo, ni Roland con su autoridad, ni Danton el gigante con su fuerza. Y no lo impicieron, porque habiendo tres poderes, el Congreso, la Comunidad, el Ministerlo, todos á un tiempo mandaban, y ninguno sabia lo que proyectaba ó mandaba el vecino, pasando la dirección de todo á comisiones improvisadas, irresponsables, misteriosas, demagógicas, capaces de ordenar y cometer todos los crímenes sin escrúpulo, y sin curarse de su necesidad, y menos de su justificación. En todos estos movimientos hay supersticiones terribles; como en todas las pestes hay microbios asoladores. El microbio de la matanza fué una superstición como ésta que los inmolados debían inmolarse, pues la guerra en aquel momento estallaba y los reos condenados á muerte aparecían amigos de los enemigos del pueblo francés, siendo lícito, por ende, matarlos, como se mata en toda guerra los soldados de las filas y de las bandas contrarias. Para estos desvariados el holocausto por ellos aperebido no era un degüello de indefensos, era un verdadero combate donde caían muertos los vencidos. El emigrado, el extranjero, el realista, el coligado, mataban franceses en las fronteras, pues los franceses mataban dentro á sus auxiliares y á sus cómplices. El raciocinio á primera vista resulta falso de toda falsedad. En una guerra se destruye al enemigo combatiendo; en un degüello se destruye al enemigo asesinando. En una guerra se cae defendiendo cualquier causa y defendiéndose cada cual á sí mismo, en un degüello se secrifican enemigos inermes é indefensos. La teoría de los setembristas parécese á la práctica de los tiempos primitivos, en que los vencedores exterminaban á los vencidos, después de sujetos y entregados. Pero podrán los terroristas aducir el argumento que se les antoje cohonestando su horrible crueldad; ésta hoy mismo nos abruma con su pesadumbre á los defensores natos del derecho. Muchos días nefastos de reacción